



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.
Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactor Jefe: Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España, Mundo y Economía:

José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.
Imprime: Impresa Norte S. L.
Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.



LA FIRMA | Por Mikel Iturbe

Méritos de currículum

Las últimas noticias conocidas sobre la solvencia académica del presidente del Gobierno, de la exministra de Sanidad y del líder de la oposición reflejan la fragilidad de los méritos que aparecen en el currículum de nuestros líderes

Otra de las muchas distorsiones de la profesionalización de la política ha sido el artificial engorde curricular. Guarda un perversa lógica, pero la evidencia describe que ante la falta de méritos profesionales, los curriculares, normalmente apoyados en la formación académica, sirven para completar un expediente. El barniz universitario, en sus múltiples formas y maestrías, viste y acredita una formación que se presenta como signo de solvencia. La política, por no citar a la ideología, hace tiempo que quedó arrumbada en beneficio del amplificado protagonismo de una nueva tipología de líder: el tecnócrata. La política como campo exclusivo de los altamente cualificados, de los mejores y más acreditados técnicos y hasta de los que poseen una óptima telegenia (cuesta reconocer físicamente a unos y a otros) obliga a que los currículums se retuerzan hasta del extremo permitiendo que afloren la mentira y el ridículo.

Cuando solo puede acreditarse que se es un profesional de la política, en especial tras haber invadido espacios tradicionalmente técnicos que deberían estar ocupados por funcionarios, surgen todo tipo de urgencias que se han venido resolviendo con la conveniente ayuda académica. La evidencia describe, a tenor de los últimos escándalos conocidos, una clara connivencia con ciertas universidades que estúpidamente idearon un sistema de ganancia reputacional pensado en faci-

litar una rápida acreditación, que no formación, a cambio de incorporar a sus orlas determinados nombres que habrían de elevar la cotización del centro.

El deseo por contar con un título universitario, interpretado como un sinónimo de prestigio y mejora generacional, hace años que desató una verdadera revolución social en España que ha permitido que, según datos de la OCDE, nuestro país (41 por ciento) supere a Alemania (30,5 por ciento) en el colectivo de personas que entre 25 y 34 años han pasado por la universidad. Este empeño, algo a lo que la clase política no ha querido ser ajena, aunque en su caso ha tenido un valor mucho más acreditativo que formativo, ha buscado trasladar la idea de que la ejemplaridad que se le presuponía quedaba garantizada por la posesión de un expediente académico inmaculado. Cuestión bien distinta ha sido el modo y manera como se han logrado los títulos facultantes y la resultante del encononazo entre la ética pública y la privada.

Con un título bajo el brazo y convertidos en parte de la sociedad satisfecha, tal y como expli-

«Guarda una perversa lógica, pero a falta de méritos profesionales los académicos sirven para completar el expediente de un político»

caba Chaime Marcuello en estas mismas páginas en referencia a la tesis de J. K. Galbraith en 'La cultura de la satisfacción', solo quedaba esperar a que el tiempo y el partido hicieran su trabajo para escalar posiciones.

Totalmente ajenos a la cultura anglosajona que no tolera la mentira en la vida pública -Donald Trump ha roto esta inveterada tradición-, y sin alcanzar la vergüenza que implica para los asiáticos la copia y el plagio, la España pícaro ha sobrepasado los límites de lo aceptable. El descrédito, burdo y sin matices, se ha colado en el mundo universitario y el debate se ha centrado en lo pequeño para continuar empujando la política.

La particularidad de este último caso de duda curricular es que la fortaleza y la debilidad de Pedro Sánchez y de Pablo Casado son tan inestables como inciertas. Si hasta la denuncia de Albert Rivera sobre la disponibilidad pública de la tesis del presidente el acorralado era Casado, en especial tras la alentada dimisión de la ministra de Sanidad Carmen Montón por un sector del PSOE, la precipitación de los últimos acontecimientos demuestra que todo puede cambiar en un chasquido.

Cuestión diferente es que Rivera, que puede considerarse el ganador de esta semana habiendo recuperado la escena pública perdida tras la moción de censura, asuma que el presidente ni olvida ni perdona.

miturbe@heraldo.es

HOY, DOMINGO 16

Ángel Gorri

Una rebajICA

Recuerdan? El impuesto sobre la contaminación de las aguas (ICA) era hasta ahora un impuesto injusto y abusivo del Gobierno de Aragón. Entre otras razones, porque no puede cobrar por un servicio de saneamiento y depuración que no presta y porque quien lo hace, como el Ayuntamiento de Zaragoza, ya lo grava en el recibo del agua. Es decir, venía a suponer en muchos casos una doble tributación de dudosa legalidad. Con estos argumentos, la Red Agua Pública de Aragón y los partidos que apadrinan su causa, principalmente Podemos y ZEC con algunos de sus dirigentes al frente, pusieron en marcha una campaña contra el contra el impuesto que arrastró a miles de vecinos. Pero hete aquí que se ha pasado de pedir su supresión a negociar una rebaja que no irá más allá del 20% de la recaudación total. Es decir, el ICA ya no es injusto, simplemente parece caro pero asumible si se modera. Uno se pregunta dónde queda aquella causa social. La única respuesta que halla es que se ha utilizado para intereses partidistas que en breve se van a convertir en electorales: el PSOE y Podemos vendiendo juntos una rebajica de aquel impuesto abusivo, injusto e ilegal. Y sanseacabó.

CON DNI

David Serrano-Dolader

Bilingüismo

Si estamos en la sociedad de la posverdad es porque a ella hemos llegado a través de denominaciones equívocas o engañosas. Sabemos todos que ya no existen ni prostitutas ni mensajeros, pero sí trabajadoras del sexo y especialistas en logística y distribución de documentos. El nombre impone su verdad... o su mentira.

Viene esto a cuento de que estamos ante un nuevo comienzo de curso escolar y colegios e institutos ostentan con soltura y destreza etiquetas de «bilingüe alemán», «bilingüe inglés» o «bilingüe francés». El serbocroata o el islandés aún no venden lo suficiente como para imprimir folletos cacareando sobre ellos.

Muchas veces el cómo llamar a las cosas parece más importante que el cómo tratarlas y cuidarlas. Padres y madres nos enzarzamos estos días en defender por qué hemos elegido uno u otro cole o insti para nuestros hijos: «Es que el mío es bilingüe...». Pero parece que todos lo son y, precisamente por ello, hay razones para sospechar que el nombre no es la cosa sino la propaganda de la

cosa. Muchos padres se conforman con que el centro docente de sus hijos lleve la etiqueta de 'bilingüe' pero pocos caen en la cuenta de que dar dos o tres asignaturas en un idioma extranjero no hace al colegio o al instituto bilingüe ni -es evidente- a sus alumnos. Para que un centro reciba el marchamo de bilingüe ha de cumplir unas condiciones poco ambiciosas que marca la administración educativa de turno. Y así todos contentos: los padres, porque sus hijos van a un bilingüe; los alumnos, porque siempre podrán escudarse en que sus calificaciones se ven afectadas por ese difícil bilingüismo; los profesores, porque un sello siempre imprime carácter; y sobre todo los gestores políticos, porque podrán decir que año a año aumenta el número de centros bilingües.

Sería bueno llamar a las cosas por su nombre. Y si el nombre ya se ha impuesto (y a tantos alegría!), pongámonos ahora a hacer que la cosa sea digna de recibir tan pomposa denominación.

David Serrano-Dolader es profesor de la Universidad de Zaragoza